

## INTRODUCCIÓN AL LIBRO (Amós 1.1-2)

<sup>1</sup>Palabras de Amós, uno de los pastores de Tecoa, que vio visiones acerca de Israel en días de Uzías, rey de Judá, y en días de Jeroboam, hijo de Joás, rey de Israel, dos años antes del terremoto. <sup>2</sup>Dijo:

YHVH ruge desde Sion,  
da su voz desde Jerusalén,  
entonces se enlutan los campos de los pastores  
y se seca la cumbre del Carmelo.

Traducción alternativa considerando las notas textuales anteriores:

La BHQ pasa la última frase del verso 1 al verso 2. El resultado es el siguiente:

<sup>1</sup>Palabras de Amós, uno de los pastores de Tecoa, que vio visiones acerca de Israel en días de Uzías, rey de Judá, y en días de Jeroboam, hijo de Joás, rey de Israel. <sup>2</sup>Dos años antes del terremoto, dijo:

YHVH ruge desde Sion,  
da su voz desde Jerusalén,  
entonces se enlutan los campos de los pastores  
y se seca la cumbre del Carmelo.

El libro comienza, como la mayoría de los libros de los profetas, con una introducción donde se nos informa el autor, el carácter, la época y, en este caso, el tema de la obra. Así que la estructura de estos dos primeros versículos es la siguiente:

1. Autor (1.1a)
2. Carácter (1.1b)
3. Época (1.1c)
4. Tema (1.1d)

Que puede ser detallado de la siguiente manera:

1. Autor de la obra (1.1a):
  - a. Nombre: Amós
  - b. Profesión: Pastor
  - c. Origen: Tecoa
2. Carácter de la obra (1.1b):
  - a. Forma: Palabras
  - b. Tipo: Visión
  - c. Contenido: Acerca de Israel
3. Época (1.1c):
  - a. En días de Uzías, rey de Judá
  - b. En días de Jeroboam, rey de Israel
  - c. Dos años antes del terremoto
4. Tema (1.2): Juicio sobre los pastores de Samaría

Habiendo dedicado espacio en la Introducción general del libro a la descripción de la época de Amós, ahora nos dedicaremos a los otros tres aspectos mencionados en estos dos versículos.

## EL PROFETA AMÓS (Amós 1.1a) El ganadero que rugió

Nuestro libro comienza diciendo:

*Palabras de Amós, uno de los pastores de Tecoa*

Aquí tenemos, como expresamos anteriormente, el nombre, el oficio y el origen del escritor de este libro.

Ya dijimos que el nombre Amós (heb. אָמוֹס) proviene de una raíz hebrea que significa “cargar”. Tal vez este nombre sea una alusión a su oficio como es descrito en 7.14-15:

“Entonces respondió Amós, y dijo a Amasías: No soy profeta, ni soy hijo de profeta, sino que soy boyero, y recojo<sup>5</sup> higos silvestres. Y Jehová me tomó de detrás del ganado, y me dijo: Ve y profetiza a mi pueblo Israel”

Estos son todos los datos biográficos que tenemos del profeta. Tanto en 1.1 como en 7.14-15, se nos informa que Amós era pastor. La palabra “ganado” (heb. אֵצֶן) en este último texto significa literalmente “oveja”, así que él era pastor de ovejas (cf. DHH, y las versiones que usan la palabra “rebaño” que según el DRALE se refiere a un “hato grande de ganado, especialmente del lanar”, BJL, NTV, NVI, RVA, BTX).

Hay dos términos que se usan para describir a Amós como pastor, pero que no son muy claros. El primero es אֵצֶן usado en el 1.1, y que aparece solo una vez más en todo el ATH:

“Entonces Mesa rey de Moab era propietario de ganados, y pagaba al rey de Israel cien mil corderos y cien mil carneros con sus vellones” (2R 3.4)

Evidentemente en este texto el término señala a un hombre dedicado a la ganadería con grandes ganancias económicas, no simplemente alguien que cuida ganado, tanto así que podía pagar un fuerte tributo a otro. El DHB aclara: “El término es de origen sumerio y originalmente designaba una persona dedicada a la comercialización de la lana”<sup>6</sup>.

La otra palabra es בּוֹקֵר, usada en 7.14 que solo aparece allí en todo el Antiguo Testamento. De acuerdo con los léxicos, esta palabra significa “ganadero” (DHB) o “pastor de ovejas, o sea, uno que cuida animales que deambulan y pastan en campos abiertos”<sup>7</sup>.

Algunos comentaristas han pensado que Amós era solo un cuidador del ganado de otro, pero la referencia de Reyes y el significado de los términos hebreos que lo describen van en la vía de señalar que el profeta era en realidad un ganadero<sup>8</sup>, o sea, propietario de un rebaño grande de ovejas, lo cual lo coloca en una clase económica muy favorecida<sup>9</sup>. Este es un dato interesante considerando las fuertes denuncias en sus pronunciamientos contra los acaudalados de Samaria. Amós, por decirlo de alguna

<sup>5</sup> La palabra hebrea (בֹּלֵס) en este caso es diferente a la raíz de la que proviene el nombre de Amós.

<sup>6</sup> Moisés Chávez, Diccionario de hebreo bíblico, 1992.

<sup>7</sup> James Swanson, Diccionario de idiomas bíblicos: Hebreo, 2014.

<sup>8</sup> La expresión en 7.14 “recojo higos silvestres”, se refiere al sicómoro, cuyos frutos secos eran alimento para el ganado.

<sup>9</sup> De hecho, la palabra más común usada en el ATH para referirse a un pastor es רֹעֵה, que señala todo tipo de ganado menor. Esto indica que los dos términos usados por Amós para autodescribirse son muy específicos.

Sermones expositivos de Amós (Pr. Javier Martínez)

manera, no era un pobre resentido contra las clases sociales más favoridas, sino un favorecido económicamente que veía con dolor la dureza de corazón de los de su clase.

El oficio de Amós lo preparó para su tarea profética, proveyéndole un conocimiento amplio de las naciones vecinas, pues la cría de ovejas tenía como propósito, entre otros, la venta de la lana; así que él debió viajar mucho. La descripción que hace en su primer capítulo de las naciones vecinas, sus pecados particulares y los tratos entre estas, da razón de lo que acabamos de decir. Pero su oficio como ganadero también le proveyó un lenguaje muy pertinente para expresar los mensajes recibidos de parte de Dios. Amós es un genio de la literatura, casi todo su libro está en estructura poética y lleno de descripciones gráficas (cf. las visiones registradas en los capítulos 7 y 8). Usualmente utiliza su conocimiento de la agricultura y la ganadería para ilustrar los males que aquejaban a su pueblo (cf. 1.2; 3.4-6, 12; 4.1ss; 5.18-19; etc.), lo cual le dio una eficacia sin igual a la hora de pronunciar el mensaje divino.

El lugar de donde provenía Amós, y donde evidentemente ejercía la ganadería, era Tecoa. Esta ciudad se encontraba entre Belén y Hebrón, unos 12 km al sudeste de Belén, ciertamente una región apta para la ganadería. La ciudad de origen de Amós tiene importancia por dos razones:

- Apoya el dato anterior con respecto a la actividad económica de Amós y su estatus social.
- Ubica a Amós como ciudadano del reino de Sur, Judá. Es importante entender que, desde los días de Roboam, cuando el reino se dividió (1R 12), hubo una enemistad constante entre Judá e Israel. Así que Amós ejerce su ministerio profético en medio de tierra hostil (cf. 7.10-17).

Si Amós era originario de Judá y ganadero, ¿cómo resultó siendo un profeta que predicó en Israel? Dios hace cosas extrañas. Como dice Pablo: Dios enloquece la sabiduría del mundo (1Cor 1.20), o como proclama el profeta Isaías unos pocos años después de Amós: “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová” (Is 55.8). El profeta Amós es un testimonio viviente de esta verdad, sus propias palabras son:

“Entonces respondió Amós, y dijo a Amasías: No soy profeta, ni soy hijo de profeta, sino que soy boyero, y recojo higos silvestres. Y Jehová me tomó de detrás del ganado, y me dijo: Ve y profetiza a mi pueblo Israel” (Am 7.14-15)

Cuando dice que no es profeta, ni hijo de profeta, Amós se refiere a que no pertenecía a los círculos oficiales de profetas que existían desde la época de Samuel (cf. 1S 10.5; 19.20; 1R 20.35; 2R 2.3; etc.). Él era un simple ganadero, dedicado a sus labores cotidianas, que un día fue encontrado por Jehová y llamado al ministerio de la Palabra. “Jehová, dice Amós, me tomó de detrás del ganado, y me dijo: Ve y profetiza”. Jehová toma y dice; entonces Amós va y profetiza. Esto es muy similar al caso de Moisés, Elías, Isaías, Jeremías, Pablo y muchos otros. Jesús lo expresó de esta forma:

“Y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres” (Mt 4.19)

La respuesta de los pescadores de Galilea fue la misma que la del pastor de Tecoa:

“Ellos entonces, dejando al instante las redes, le siguieron” (Mt 4.20)

Pero dejemos que sea el mismo pastor-profeta quien nos cuente su experiencia cuando Dios lo llamó al ministerio profético:

¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo? ¿Rugirá el león en la selva sin haber presa? ¿Dará el leoncillo su rugido desde su guarida, si no apesare? ¿Caerá el ave en lazo sobre la tierra, sin haber

cazador? ¿Se levantará el lazo de la tierra, si no ha atrapado algo? ¿Se tocará la trompeta en la ciudad, y no se alborotará el pueblo? ¿Habrá algún mal en la ciudad, el cual Jehová no haya hecho? Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas. Si el león ruge, ¿quién no temerá? Si habla Jehová el Señor, ¿quién no profetizará? (Am 3.3-8)

Las últimas palabras deben hacer eco en nuestros oídos: Si habla Jehová el Señor, ¿quién no profetizará? Amós no podía huir del llamado, pues era un llamado irresistible, irrevocable, al que no podía ni debía renunciar. Finalmente, como Jehová, el mismo profeta rugió con una convicción inigualable:

“Dijo: Jehová rugirá desde Sion, y dará su voz desde Jerusalén, y los campos de los pastores se enlutarán, y se secará la cumbre del Carmelo” (Am 1.2)

Así que, en realidad, las palabras de Amós (Am 1.1) son las mismísimas Palabras de Jehová. Pero de eso hablaremos posteriormente.

Siglos después, los apóstoles expresarían la misma convicción de ser atraídos por una fuerza más grande que ellos mismos:

“porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hch 4.20)

Aquí tenemos un fuerte llamado para cada uno de nosotros, tanto para aquellos que aún no han obedecido el llamado del evangelio como para aquellos que ya lo han hecho. Para los primeros, quiero decirles que el llamado urgente que hoy hace Dios es este:

“Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación. Pues la Escritura dice: Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado. Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo” (Rom 10.8-13)

No puedes ni debes huir a este llamado que Dios te hace hoy, es el único camino que Dios ha establecido para la salvación de los hombres, la salvación de tu propia vida. Nuestra oración es que Dios hoy te traiga con sus lazos de amor, de manera que obedezcas el llamado del evangelio.

Y hermanos, el mismo apóstol Pablo nos invita a participar del llamado del evangelio en los versículos siguientes de Romanos 10:

“¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!” (Rom 10.14-15)

Nosotros también, como Amós, debemos obedecer el llamado a proclamar la Palabra de Dios con convicción, a rugir como el león, invitando a los hombres a creer el evangelio. Claro, algunos no van a creer (Rom 10.16), pero los hombres solo serán salvos si oyen el evangelio y lo creen (Rom 10.17). Dios nos está invitando a participar de esta magnífica obra que está haciendo entre los hombres por medio

de hombres, la voz de Dios debe ser oída en toda la tierra por medio de nuestra proclamación (Rom 10.18).

Aquel ganadero de Tecoa sería el primero en dejar por escrito los mensajes recibidos de parte de Jehová, llegando a ser así el primer profeta escritor<sup>10</sup>, unos pocos años antes que su contemporáneo Oseas. ¡Qué honor tan grande ganó al ser obediente al llamado divino que no pudo resistir! Pasó de ser un acaudalado ganadero a ser un pastor que rugió con fuerte voz.



---

<sup>10</sup> Amós ocupa el tercer lugar en orden entre los libros de los doce (que nosotros llamamos “profetas menores”) tanto en la Biblia Hebrea como en las ediciones modernas. La LXX, por su parte, lo coloca en segundo lugar, después de Oseas. Sin embargo, es equivocado pensar que Oseas ejerció su ministerio antes que Amós y que, por lo tanto, escribió su libro antes de él. Según Oseas 1.1, ciertamente fueron contemporáneos, pero el mensaje de Oseas revela que el juicio divino sobre Israel estaba llegando ya, mientras que en Amós se ve todavía un poco lejano.

**EL LIBRO DEL PROFETA AMÓS (Amós 1.1b)**  
**Visiones, discursos y palabras – La palabra profética más segura**

El verso 1 nos sumerge en el carácter de la tarea profética de Amós y, por supuesto, de su obra literaria. Dice:

*Palabras de Amós... que vio visiones acerca de Israel*

Esta corta frase es muy importante porque nos ayuda a entender el carácter del oficio profético de Amós particularmente, pero también de todos los profetas en general. Además, nos provee el entendimiento del carácter de la obra escrita que nos dejó el pastor de Tecoá, su intención al recopilar sus oráculos en un solo tomo.

Amós comienza mencionando las palabras que ha dejado por escrito y luego menciona que provienen de visiones que tuvo con respecto a Israel. Ese es el orden actual ahora que tenemos el libro, pero el orden natural en que se dio el proceso es inverso: Amós primero recibió unas visiones acerca de Israel, luego las proclamó oralmente al pueblo y finalmente las dejó por escrito. Así que, para un mejor entendimiento de la labor profética de Amós, consideraremos el texto en el último orden descrito:

1. El carácter del oficio profético de Amós
  - a. Visiones
  - b. Que se convirtieron en discursos orales
2. El carácter de la obra escrita de Amós
  - a. Discursos orales que se convirtieron en palabras escritas
  - b. Palabras escritas que tienen que ver con Israel

Nuestro Dios es un Dios que habla, por tanto, se comunica (revela). El instrumento por excelencia de esa comunicación es el profeta, pues, en palabras de Agustín:

“Dios nos habla a través de hombres,  
 pues hablándonos así, nos busca”.

El hombre es capaz de comunicar el mensaje divino, pero también de recibirlo, porque está hecho a imagen y semejanza de Dios.

Los métodos han cambiado a lo largo de la historia de redención (cf. Heb 1.1-4), pero el instrumento no. Dios habló en el pasado por medio de profetas, luego por medio de Su Hijo encarnado, y ahora por medio de predicadores. Por supuesto, el profeta hablaba en lugar de Dios, Jesucristo era Dios mismo hablando, pero el predicador habla de parte de Dios. La autoridad del profeta era total, la de Cristo final, y la del predicador relativa. Es decir, cuando el profeta proclamaba “así dice el Señor”, el pueblo debía abrir sus oídos y someterse a la palabra autoritativa de parte de Jehová, nada más. Cuando el Hijo habló, contundentemente afirmó: “El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Jn 5.24). Sin embargo, cuando el predicador habla, el pueblo debe juzgar si lo hace conforme a las Palabras de Dios (cf. 1Tim 6.3-5; 1P 4.11). No obstante, en los tres casos es Dios mismo hablando a los hombres para que lo obedezcan. No se puede menospreciar al proclamador, sin menospreciar la Palabra que proclama y al Dios que lo envió a proclamar.

Detengámonos brevemente a considerar estas importantísimas verdades bíblicas a la luz de nuestro texto.

### 1. El carácter del oficio profético de Amós

Como afirmamos anteriormente, el oficio profético estaba revestido de una autoridad única. De acuerdo con el mismo Amós en 3.7-8:

“Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas. Si el león ruga, ¿quién no temerá? Si habla Jehová el Señor, ¿quién no profetizará?”

El profeta habla en nombre de Dios, es la boca de Dios (cf. Éx 4.12; 15, 16), de manera que su palabra es la Palabra de Dios. Cuando un profeta en Israel se paraba a proclamar la Palabra de Jehová, demandaba obediencia inmediata. La consecuencia de no escuchar al profeta está claramente ejemplificada en 7.17:

“Por tanto, así ha dicho Jehová: Tu mujer será ramera en medio de la ciudad, y tus hijos y tus hijas caerán a espada, y tu tierra será repartida por suertes; y tú morirás en tierra inmunda, e Israel será llevado cautivo lejos de su tierra”

Ya que Amasías rehusó escuchar al profeta, entonces vino el juicio de Jehová. Pero no nos engañemos, pues, aunque Dios hoy no nos habla directamente por profetas, sí lo hace por medio de los escritos de los profetas. Así que más vale que abramos nuestros oídos:

“Y Abraham le dijo: A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos” (Lc 16.29)

No sea que nos pase lo de Agripa:

“¿Crees, oh rey Agripa, a los profetas? Yo sé que crees. Entonces Agripa dijo a Pablo: Por poco me persuades a ser cristiano.”

#### a. Visiones

Es interesante notar que Amós señala las palabras que escribe como visiones “*que vio*”. Las “palabras” no se ven; se leen y se oyen. Al expresarse así, nos deja en claro que el instrumento que Dios usó para revelar la esencia de su mensaje fueron visiones. En realidad, solo una pequeña parte de su libro (7.1-9; 8.1-3; 9.1-10) corresponde a visiones; el resto contiene sus discursos orales.

Al expresarse así, quizá nos quiere informar que el grueso del contenido de su mensaje le fue transmitido por Dios a través de esas visiones, y que luego las acompañó con discursos orales al pueblo con el fin de explicar su significado. Pero más importante aún, es observar que el ministerio profético primero fue oral, solo posteriormente escrito. Los profetas son llamados “videntes” (Am 7.12; cf. 1S 9.9 que nos deja en claro que “profeta” y “vidente” se refieren al mismo oficio) porque recibían el mensaje de Dios a través de visiones, entre muchas otras formas, para que finalmente proclamaran a voz en cuello las Palabras de Jehová al pueblo.

Dios usó muchos medios de “revelación”, es decir, de comunicar su Palabra a su pueblo, por ejemplo, los sueños (Dan 7 y 9), las “suertes” (Jos 13.6; 14.2; 1Cr 6.54; etc.), ángeles (Zac 1.9), entre otros. Las visiones se referían a ciertas imágenes o escenas que se presentaban delante de los profetas y que

literalmente veían, no sabemos si con sus ojos físicos o mentalmente, las cuales tenían un significado para el momento. Amós menciona cinco visiones que tuvo:

- Las langostas que devoraron la cosecha del rey (7.1-3);
- El fuego que consumió parte de la tierra (7.5-6);
- La plomada de albañil (7.7-9)
- El canastillo de fruta de verano (8.1-3)
- El altar que es derribado (9.1)

Las cinco visiones anuncian la destrucción definitiva e irrevocable de Samaría, tema que gobierna todo el libro.

Antes de avanzar es importante recordar las palabras de Hebreos 1.1-4:

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos”

Todos esos medios de revelación “caducaron”, ya no fueron necesarios cuando el Hijo de Dios se hizo hombre para darnos la revelación más clara, definitiva y autoritativa de Dios. La demanda de Dios hoy es escuchar a su Hijo:

“Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad” (Heb 2.1-4)

El juicio a quienes menosprecien la revelación definitiva de Dios en su Hijo, tratando de volver a aquellos medios pasados que eran imperfectos y temporales o simplemente no escuchando la proclamación del evangelio, es terrible:

“El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente” (Heb 10.28)

El predicador, entonces, debe ser escuchado únicamente cuando proclama fielmente la persona y obra del Hijo de Dios:

“Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema” (Gál 1.6-9)

“Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo. Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido! Porque el que le dice: ¡Bienvenido! participa en sus malas obras” (2Jn 9-11)

b. Que se convirtieron en discursos orales

Avanzando en nuestro texto, ahora observamos que Amós nos dice que esas visiones tomaron forma de palabras:

*Palabras de Amós... que vio visiones acerca de Israel*

Así que la tarea del profeta era recibir esas visiones y convertirlas en palabras entendibles para el pueblo de Dios. Por esa razón, las visiones eran acompañadas de discursos. Recordemos lo que ya dijimos, el grueso del libro corresponde a discursos, solo una pequeña parte son visiones.

La expresión “*Palabras de Amós... que vio*” en el hebreo es interesante, pues el relativo *que* (heb. אֲשֶׁר) puede referirse a Amós o a Palabras. En el primer caso, el que nosotros optamos por incluir en la traducción, significa que Amós vio *visiones*, enfatizando así el ejercicio profético de Amós. En el segundo caso, esta parte del verso quedaría así: “Palabras de Amós... las cuales vio”, enfatizando la forma como se recibió el mensaje. Notemos, por ejemplo, el verso 1 en la LBLA:

“Palabras de Amós, que fue uno de los pastores de Tecoa, de lo que vio en visión acerca de Israel en días de Uzías, rey de Judá, y en días de Jeroboam, hijo de Joás, rey de Israel, dos años antes del terremoto”

Muy seguramente era la intención de Amós que entendiéramos los dos sentidos antes mencionados en esta frase<sup>11</sup>. De hecho, profeta y mensaje están tan estrechamente unidos que es imposible separarlos, y nunca deberíamos intentar hacer tal cosa.

El término hebreo דָּבָר se usa 9 veces en Amós y, a excepción de 7.10, siempre está relacionado con Jehová. En 1.1 aparece en plural, en el resto de los casos en singular:

1.1: “Las palabras de Amós, que fue uno de los pastores de Tecoa, que profetizó acerca de Israel en días de Uzías rey de Judá y en días de Jeroboam hijo de Joás, rey de Israel, dos años antes del terremoto”

3.1: “Oíd esta palabra que ha hablado Jehová contra vosotros, hijos de Israel, contra toda la familia que hice subir de la tierra de Egipto”

3.7: “Porque no hará nada (heb. דָּבָר) Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas”

4.1: “Oíd esta palabra, vacas de Basán, que estáis en el monte de Samaria, que oprimís a los pobres y quebrantáis a los menesterosos, que decís a vuestros señores: Traed, y beberemos”

5.1: “Oíd esta palabra que yo levanto para lamentación sobre vosotros, casa de Israel”

7.16: “Ahora, pues, oye palabra de Jehová. Tú dices: No profetices contra Israel, ni hables contra la casa de Isaac”

8.11: “He aquí vienen días, dice Jehová el Señor, en los cuales enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Jehová”

8.12: “E irán errantes de mar a mar; desde el norte hasta el oriente discurrirán buscando palabra de Jehová, y no la hallarán”

---

<sup>11</sup> A Amós le gustan este tipo de ambigüedades. Tenemos otro ejemplo en la figura del resto mencionada en 3.12: “Así ha dicho Jehová: De la manera que el pastor libra de la boca del león dos piernas, o la punta de una oreja, así escaparán los hijos de Israel que moran en Samaria en el rincón de una cama, y al lado de un lecho”, que puede referirse a un pequeño remanente que quedará o a la destrucción total.

El plural “palabras” en 1.1 introduce todos los discursos de Amós, que luego son reseñados individualmente y señalados a través del singular “palabra”. Así que, al leer estos textos, notamos claramente que דְבָרָא (“palabra”) se refiere a las proclamaciones orales de Amós al pueblo. La mayoría de sus discursos fueron introducidos con la expresión: “Oíd esta palabra”, incluso marcando varias divisiones naturales del libro que ahora tenemos.

“Las palabras de Amós”, entonces, se refiere a las comunicaciones divinas que el profeta recibió y finalmente proclamó al pueblo. Es decir, las palabras de Amós son las Palabras de Jehová. Otra vez, no oír al profeta, es rechazar a Dios, y el juicio con tamaño pecado es que Dios dejaría de hablarles; llegaría el tiempo cuando buscarían la Palabra que menospreciaron, pero no la hallarían:

“He aquí vienen días, dice Jehová el Señor, en los cuales enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Jehová. E irán errantes de mar a mar; desde el norte hasta el oriente discurrirán buscando palabra de Jehová, y no la hallarán” (8.11-12).

Hermanos, no pensemos que siempre tendremos la Palabra y, en esa jactancia falsa, menospreciemos al que habla desde el cielo:

“Mirad que no desechéis al que habla. Porque si no escaparon aquellos que desecharon al que los amonestaba en la tierra, mucho menos nosotros, si desecháremos al que amonesta desde los cielos. La voz del cual conmovió entonces la tierra, pero ahora ha prometido, diciendo: Aún una vez, y conmoveré no solamente la tierra, sino también el cielo” (Heb 12.25-26)

Aprovechemos cada ocasión que Dios nos brinda para escuchar su Palabra. Oigamos esa Palabra predicada con la disposición de obedecer, tal vez hoy sea la última oportunidad que Dios nos dé:

“Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado. Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio, entre tanto que se dice: Si oyereis hoy su voz, No endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación” (Heb 3.12-15)

Por otra parte, si la responsabilidad del pueblo era escuchar y obedecer, la responsabilidad del profeta era interpretar. Aquellas visiones debían convertirse en palabras, es decir, mensajes claros para el pueblo de Dios, pues sin entendimiento no hay resoluciones. El pueblo debía escuchar claramente el mensaje divino para que así quedarán sin excusa:

“Acaso ellos escuchen; pero si no escucharen, porque son una casa rebelde, siempre conocerán que hubo profeta entre ellos” (Ez 2.5; cf. 33.33)

En ninguna circunstancia el pueblo puede perecer por falta de recibir la Palabra de Dios o de recibirla contaminada. La denuncia de Oseas contra los sacerdotes también es válida contra los profetas falsos o indolentes:

“Caerás por tanto en el día, y caerá también contigo el profeta de noche; y a tu madre destruiré. Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento. Por cuanto desechaste el conocimiento, yo te echaré del sacerdocio; y porque olvidaste la ley de tu Dios, también yo me olvidaré de tus hijos” (Os 4.5-6)

Tenemos entre nosotros el dicho “una imagen vale más que mil palabras”, pero como una imagen puede ser entendida de diferentes maneras debe ser interpretada. Eso precisamente es lo que hace Amós, interpreta las visiones para que el pueblo entienda claramente su significado, el cual no es subjetivo sino objetivo. Entonces, en el caso de las visiones de los profetas (y otras que encontramos en la Biblia), el asunto es que deben ser acompañadas por la Palabra que las interpreta oficialmente. Así que la Palabra está por encima de la visión, la Palabra es suprema, la Palabra es autoritativa<sup>12</sup>.

No es incidental que Juan llame al Hijo de Dios “el logos”, o sea, “la Palabra”, porque en Él Dios se mostró tal como es; el Hijo nos revela, da a conocer, al Dios invisible, y lo hace de la forma más clara posible:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad... A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Jn 1.1, 14, 18)

De manera que el predicador está llamado a dar la Palabra de Dios al pueblo de una forma entendible, interpretándola fielmente, para que así el pueblo sea salvado y santificado. Sin entendimiento no hay edificación:

“Pero el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación... pero en la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento, para enseñar también a otros, que diez mil palabras en lengua desconocida” (1Cor 14.3, 19).

Uno de los grandes males de la iglesia moderna es que ha desplazado la proclamación de la Palabra para dar paso a “milagros” y “visiones”; el resultado no podía ser distinto: un mar de confusiones. Las personas salen con supuestos milagros y revelaciones de parte de Dios, pero sin entendimiento del evangelio. En últimas, están siendo enviados a la condenación eterna por falsos pastores y predicadores irresponsables. El verdadero siervo de Dios hace suya la resolución de Pablo:

“Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1Cor 2.2)

## 2. El carácter de la obra escrita de Amós

“Palabras de Amós... acerca de Israel” es la forma como el profeta introduce su obra; es decir, nos deja en claro que su libro es la recopilación de los discursos que dirigió contra Israel. Amós fue el primero de los llamados “profetas literarios”, o sea, que nos dejaron sus profecías en libros. Después lo seguirían Oseas, Isaías, Jonás, Miqueas y los demás, dejándonos así una de las secciones más maravillosas, pero lamentablemente menos estudiadas y más malentendidas, de la Biblia: Los Profetas<sup>13</sup>.

Así que Amós comienza una época especial en Israel en la cual los mensajes divinos dados por medio de los profetas comienzan a ser recopilados y puestos por escrito para la posteridad. Esto nos lleva a hablar ahora del carácter de la obra escrita de Amós.

---

<sup>12</sup> Lo mismo sucede con relación a los milagros. Por ejemplo, en el evangelio de Juan siempre vemos que después de un milagro, viene un gran discurso de Jesús explicando su significado espiritual (cf. Jn 6, 10, 11, etc.).

<sup>13</sup> Llamada en la Biblia Hebrea נְבִיאִים אַחֲרֵיכֵם, “Los Profetas Posteriores (o últimos)”.

a. Discursos orales que se convirtieron en palabras escritas

Finalmente, las visiones que tomaron forma de discursos orales llegaron a conformar la obra literaria que hoy conocemos con el nombre del libro de Amós (heb. אָמוֹס), son las “palabras de Amós... acerca de Israel”. Al meditar en esto, debemos tener en mente por lo menos dos ideas: (1) Amós, como los demás profetas, quiso dejar sus palabras para las siguientes generaciones de Israelitas como testimonio de la veracidad de sus mensajes; y, (2) Dios mismo quiso dejar por escrito para su pueblo de todas las edades estas verdades maravillosas que no solo tenían que ver con Israel, sino también con el Mesías y con nosotros. Tengamos en mente, entonces, las palabras del apóstol Pedro:

“Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles” (1P 1.10-12)

### **Amós y sus contemporáneos**

En primer lugar, el profeta Amós dejó por escrito sus discursos como testimonio de la veracidad de sus mensajes, pues la mayoría de los juicios que anunció no se cumplieron en sus propios días. Dios había advertido a Israel por medio de Moisés con relación a los falsos profetas:

“El profeta que tuviere la presunción de hablar palabra en mi nombre, a quien yo no le haya mandado hablar, o que hablare en nombre de dioses ajenos, el tal profeta morirá. Y si dijeres en tu corazón: ¿Cómo conoceremos la palabra que Jehová no ha hablado?; si el profeta hablare en nombre de Jehová, y no se cumpliere lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha hablado; con presunción la habló el tal profeta; no tengas temor de él” (Dt 18.20-22)

Deuteronomio es un pasaje olvidado en nuestros días, cuando muchos alegan ser profetas, proclamando a diestra y siniestras supuestas profecías que nunca se cumplen. Incluso, aquellas profecías que aparentemente se cumplen, simplemente usan el método de los horóscopos, dando afirmaciones genéricas; es como echar la red en un río, algo se va a pescar. Vale la pena hacernos la pregunta de qué pasaría si en las iglesias de nuestros días se aplicara consistentemente la regla divina claramente establecida en este texto. Seguramente ya no habrían más “profetas” y el movimiento profético moderno caducaría.

## **Iglesia Bíblica Reformada de Armenia**

En este punto es importante enfatizar que el ministerio de los profetas tenía que ver primariamente con sus días y su propia gente. El profeta en Israel no era una especie de adivino con una bola de cristal mágica a través de la cual veía por entre los corredores de la historia para contar lo que iba a suceder siglos después. Definitivamente, no. Estos hombres de Dios proclamaban la Palabra divina al pueblo de Dios con el fin de llevar a este pueblo a un autoexamen frente al espejo de la ley dada por medio de Moisés. En otras palabras, los profetas israelitas eran grandes conocedores de la Ley de Dios y profundos conocedores de las circunstancias actuales de su propio pueblo. Conociendo la ley de Dios y el estado del pueblo, simplemente aplicaban la revelación divina como espada de dos filos para que el pueblo de Dios viera qué tan lejos o cerca estaban del ideal divino para ellos.

Claro, esta tarea también contenía el anuncio de bendiciones y maldiciones típico del Antiguo Pacto (cf. Dt 27-28). Bendiciones que vendrían si Israel obedecía los preceptos del pacto; pero maldiciones que recibirían si Israel se apartaba de tales preceptos. En este sentido, y solo en este sentido, las palabras de los profetas tenían que ver con el futuro inmediato del pueblo de Israel. Por esa razón, normalmente sus discursos iban acompañados de constantes llamados al arrepentimiento, por ejemplo:

“Pero así dice Jehová a la casa de Israel: Buscadme, y viviréis; y no busquéis a Bet-el, ni entréis en Gilgal, ni paséis a Beerseba; porque Gilgal será llevada en cautiverio, y Bet-el será deshecha. Buscad a Jehová, y vivid; no sea que acometa como fuego a la casa de José y la consuma, sin haber en Bet-el quien lo apague” (Am 5.4-6; cf. vs. 8 y 14).

Finalmente, solo unas décadas después de los días de Amós, sus palabras de juicio se cumplirían en el año 722 a.C. cuando Asiria invadió y destruyó Samaria, y envió al destierro a los habitantes del reino de Israel. El evento es narrado por el escritor del libro de los Reyes:

“En el cuarto año del rey Ezequías, que era el año séptimo de Oseas hijo de Ela, rey de Israel, subió Salmanasar rey de los asirios contra Samaria, y la sitió, y la tomaron al cabo de tres años. En el año sexto de Ezequías, el cual era el año noveno de Oseas rey de Israel, fue tomada Samaria. Y el rey de Asiria llevó cautivo a Israel a Asiria, y los puso en Halah, en Habor junto al río Gozán, y en las ciudades de los medos; por cuanto no habían atendido a la voz de Jehová su Dios, sino que habían quebrantado su pacto; y todas las cosas que Moisés siervo de Jehová había mandado, no las habían escuchado, ni puesto por obra” (2R 18.9-12)

El escritor de estas palabras afirma con aguda visión profética<sup>14</sup> que Israel “no había atendido la voz de Jehová su Dios”, clara referencia a los profetas, el primero de ellos Amós. Así que el pastor de Tecoa moriría con la expectativa de qué pasaría con Israel y cuál sería el efecto de las Palabras divinas pronunciadas por su boca. Los años siguientes responderían con meridiana claridad.

En nuestros días el predicador no hace algo distinto a este ministerio de los profetas, pues está llamado a conocer la ley de Dios para aplicarla perspicazmente a su audiencia. Por supuesto, para que la espada de Espíritu penetre hasta lo más profundo del corazón de sus oyentes, el predicador debe conocer a las personas a las cuales habla. El predicador, pues, crea un puente entre la Palabra de Dios y el pueblo de Dios, llamando constantemente a la fe y el arrepentimiento. Sin embargo, no maldice ni bendice, sino que proclama la gran promesa del evangelio: perdón de pecados para aquel que pone su fe en Jesucristo, y anuncia el juicio que vendrá sobre todo aquel que rechaza la gracia ofrecida:

“Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento. Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden; a éstos ciertamente olor de muerte para muerte, y a aquéllos olor de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién es suficiente? Pues no somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo” (2 Cor 2.14-17)

## **Amós y nosotros**

Pero, en segundo lugar, Dios mismo quiso dejar por escrito para su pueblo de todas las edades estas verdades maravillosas que no solo tenían que ver con Israel, sino también con el Mesías y con nosotros.

---

<sup>14</sup> Hay muy buenos indicios de que Jeremías haya sido el autor del libro de los Reyes.

De manera que es importante recordar que este precioso libro llegó a ser parte de los Profetas del Antiguo Testamento, que luego se juntaría con el Nuevo Testamento, para conformar así lo que nosotros llamamos Biblia. Si Amós está incluido en nuestras Biblias, quiere decir que el deseo de Dios es que estudiemos este libro para nuestro provecho y bien. Como dijo Pablo:

“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2Tim 3.16-17)

Y debemos recordar que, cuando el apóstol afirmó esto, su Biblia era solamente nuestro Antiguo Testamento. Podemos preguntarnos por qué Dios dejó estos discursos por escrito, ¿acaso no era suficiente que hubieran sido pronunciados en el siglo VIII a.C.? La respuesta, por supuesto, es no. Aquellas visiones que recibió Amós, que se convirtieron en discursos, finalmente fueron “esculpidas” en papel para ser el legado del pueblo de Dios de todas las edades. Como dijo Dios a Isaías:

“Ve, pues, ahora, y escribe esta visión en una tabla delante de ellos, y regístrala en un libro, para que quede hasta el día postrero, eternamente y para siempre” (Is 30.8)

Seguramente hubo otros discursos de Amós que no quedaron registrados, como también hubo muchas otras revelaciones que Dios dio a su pueblo que finalmente no quedaron por escrito. Incluso hubo profetas que no dejaron sus profecías por escrito como fue el caso de Elías y Eliseo. Debemos entender, entonces, que fue el deseo de Dios que estas palabras, y específicamente estas palabras, fueran puestas en un libro para que su pueblo de todos los tiempos, nosotros incluidos aquí, las conociéramos, meditáramos, atesoráramos y obedeciéramos. Así se expresó el apóstol Juan con respecto a esta selectividad divina:

“Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (Jn 20.30-31; cf. 21.25)

De manera que nuestro Dios, quien no hace nada sin propósito, nos dejó este libro para nuestro provecho espiritual. De hecho, las palabras de Amós tenían un alcance mayor que sus días y su propio pueblo. Sus palabras finales son testimonio de esto:

“En aquel día yo levantaré el tabernáculo caído de David, y cerraré sus portillos y levantaré sus ruinas, y lo edificaré como en el tiempo pasado; para que aquellos sobre los cuales es invocado mi nombre posean el resto de Edom, y a todas las naciones, dice Jehová que hace esto. He aquí vienen días, dice Jehová, en que el que ara alcanzará al segador, y el pisador de las uvas al que lleve la simiente; y los montes destilarán mosto, y todos los collados se derretirán. Y traeré del cautiverio a mi pueblo Israel, y edificarán ellos las ciudades asoladas, y las habitarán; plantarán viñas, y beberán el vino de ellas, y harán huertos, y comerán el fruto de ellos. Pues los plantaré sobre su tierra, y nunca más serán arrancados de su tierra que yo les di, ha dicho Jehová Dios tuyo” (Am 9.11-15)

Palabras que solo hallarían su pleno cumplimiento en la persona y obra de nuestro Señor Jesucristo y en la conformación de su Iglesia, de acuerdo con el testimonio de los apóstoles en Hechos 15.12-18:

“Entonces toda la multitud calló, y oyeron a Bernabé y a Pablo, que contaban cuán grandes señales y maravillas había hecho Dios por medio de ellos entre los gentiles. Y cuando ellos callaron, Jacobo respondió diciendo: Varones hermanos, oídme. Simón ha contado cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre. Y con esto concuerdan las palabras de los profetas, como está escrito: Después de esto volveré Y reedificaré el tabernáculo de David, que está

caído; Y repararé sus ruinas, Y lo volveré a levantar, Para que el resto de los hombres busque al Señor, Y todos los gentiles, sobre los cuales es invocado mi nombre, Dice el Señor, que hace conocer todo esto desde tiempos antiguos”

Esto nos lleva de regreso a Deuteronomio 18, pero ahora los versos 15-19:

“Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis; conforme a todo lo que pediste a Jehová tu Dios en Horeb el día de la asamblea, diciendo: No vuelva yo a oír la voz de Jehová mi Dios, ni vea yo más este gran fuego, para que no muera. Y Jehová me dijo: Han hablado bien en lo que han dicho. Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare. Mas a cualquiera que no oyere mis palabras que él hablare en mi nombre, yo le pediré cuenta”

Amós y todos los profetas prefiguraban al gran profeta que vendría en los últimos tiempos. Sus libros dan testimonio una y otra vez, como acabamos de ver, de los maravillosos días del Mesías, anunciaban de antemano sus sufrimientos y las glorias que vendrían tras estos. Nosotros no podemos hacer menos, de manera que estamos llamados a proclamar al Profeta que ya vino y cumplió las palabras de los profetas. A Él, y solo a Él, debemos oír. Dios nos pedirá cuenta de ello.

Amós fue un verdadero profeta de Jehová porque habló conforme a la ley de Jehová dada por medio de Moisés, sus palabras se cumplieron (en sus días y en los días del Mesías) y dio testimonio del que había de venir, nuestro Señor Jesucristo. ¡Así que oigamos las palabras del verdadero profeta de Dios consignadas en el maravilloso libro que lleva su nombre! Esta es la palabra profética más segura:

“Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones; entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2P 1.19-21)

#### b. Palabras escritas que tienen que ver con Israel

En último lugar, considerando las palabras iniciales de Amós 1.1, que nos han ayudado a pensar en su terea profética y literaria, tenemos que explícitamente nos afirma su contenido:

“Palabras de Amós... que vio visiones acerca de Israel”

El “acerca de Israel” es como un título de la obra completa. Estas palabras recopilan el carácter de todos los discursos y, por tanto, de todo el libro. Amós fue un profeta de Judá enviado a predicar a Israel. Sus discursos, pues, tienen que ver con la nación del norte.

Es cierto que la primera parte del libro (1.3-2.5) contiene oráculos dirigidos a las naciones vecinas y a Judá; pero de ahí en adelante todas las palabras del pastor ganadero se centran en Israel y su extendida corrupción. De hecho, el verso siguiente (1.2) lo deja muy en claro:

“Dijo: YHVH ruge desde Sion, da su voz desde Jerusalén, entonces se enlutan los campos de los pastores y se seca la cumbre del Carmelo”

Lo que queremos destacar aquí es que tales discursos recopilados por Amós, y que seguramente recogen el carácter de su ministerio, son negativos, es decir, anuncios de juicio. Digámoslo de otra

forma más coloquial para que lo entendamos: Amós era “ave de mal agüero”, o sea, un portador de malas noticias. “Sus palabras” fueron denuncias contra el pecado y anuncios de juicio. Solo los últimos cinco versículos, de los 146 que conforman la obra escrita de Amós, tienen un mensaje de esperanza y consolación.

Pero no es solo que 1.2 y el contexto general de la obra muestran este carácter punitivo de todo el libro, también la misma expresión “acerca de Israel” lo señala. La preposición hebrea על, traducida aquí “acerca”, en otros pasajes es traducida “contra”. Observemos estos ejemplos en el propio libro de Amós:

“Y destruiré a los moradores de Asdod, y a los gobernadores de Ascalón; y volveré mi mano contra (heb. על) Ecrón, y el resto de los filisteos perecerá, ha dicho Jehová el Señor” (Am 1.8)

“Oíd esta palabra que ha hablado Jehová contra vosotros, hijos de Israel, contra (heb. על) toda la familia que hice subir de la tierra de Egipto. Dice así” (Am 3.1)

“Ahora, pues, oye palabra de Jehová. Tú dices: No profetices contra (heb. על) Israel, ni hables contra la casa de Isaac” (Am 7.16)

En otros dos textos, aunque la palabra hebrea על ha sido traducida de nuevo “sobre”, la connotación negativa sale claramente a flote:

“Oíd esta palabra que yo levanto para lamentación sobre (heb. על) vosotros, casa de Israel” (Am 5.1)

“Los lugares altos de Isaac serán destruidos, y los santuarios de Israel serán asolados, y me levantaré con espada sobre (heb. על) la casa de Jeroboam” (Am 7.9)

Además, encontramos textos en otros profetas que usan la misma expresión hebrea, על־יִשְׂרָאֵל, traducida “contra Israel”:

“Hijo de hombre, profetiza contra los pastores de Israel; profetiza, y di a los pastores: Así ha dicho Jehová el Señor: ¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos! ¿No apacientan los pastores a los rebaños?” (Ez 34.2)

“En aquel tiempo, cuando venga Gog contra la tierra de Israel, dijo Jehová el Señor, subirá mi ira y mi enojo” (Ez 38.18)

De manera que, aunque hemos seguido la traducción aceptada de esta expresión aquí en Amós 1.1, “acerca de Israel”, no podemos ni debemos pasar por alto su clara connotación de juicio; son, en realidad, “palabras... contra Israel”.

El verso 1, entonces, sería mejor traducido de la siguiente forma:

“Palabras de Amós, uno de los pastores de Tecoa, que vio visiones contra Israel en días de Uzías, rey de Judá, y en días de Jeroboam, hijo de Joás, rey de Israel, dos años antes del terremoto”

Esto nos trae a la mente la forma común como Dios comunica su mensaje: primero viene el juicio, luego la consolación; primero la denuncia, luego el anuncio; primero se abre la herida, luego la sana. En palabras de Agustín:

"Señor,  
tú nos hieres  
para curarnos"

Mejor aún, en palabras del profeta Ilorón:

“Porque el Señor no desecha para siempre;  
Antes si aflige,  
también se compadece  
según la multitud de sus misericordias;  
Porque no aflige ni entristece voluntariamente  
a los hijos de los hombres” (Lam 3.31-33)

Así también fue en el caso del Mesías, nuestro Señor Jesucristo, como nos enseñó el apóstol Pedro: primero sus sufrimientos, luego las glorias que vendrían tras estos (1P 1.11). No hay gloria sin sufrimiento; pero, sobre todo, no podía haber redención, perdón de los pecados, si primero no se ofrecía un pago adecuado. Cristo Jesús primero ofreció su vida en sacrificio por nuestros pecados en la cruz del calvario, luego resucitó para regalarnos la vida eterna:

“el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Rom 4.25)

El predicador de hoy debe seguir el mismo patrón divinamente establecido. El propio libro de Amós nos va a obligar a ello (¿esta será la razón por la cual no se predica este libro ni los otros de los profetas?). Primero denunciemos el pecado, luego anunciemos la salvación. Hace falta mucha, mucha, pero mucha predicación de juicio, para llevar las conciencias a la convicción de pecado. Solo así habrá un verdadero movimiento del alma, en su angustia, hacia el Salvador.



**EL TEMA DEL LIBRO DEL PROFETA AMÓS (Amós 1.2)**  
**El pecado que seca y el juicio que enluta**

Antes de avanzar en este último punto del análisis de estos versículos que corresponden a la introducción del libro de Amós, es útil recordar el bosquejo general de toda la obra:

- I. Introducción (1.1-2)
- II. Anuncio del juicio sobre todas las naciones (1.3-2.16)
- III. Anuncio del juicio sobre Israel (3.1-6.14)
- IV. Visiones acerca del juicio inevitable sobre Israel (7.1-9.10)
- V. Promesa de la restauración de Israel (9.11-15)

Hemos traducido los versos 1.1-2, que corresponden a la Introducción, de la siguiente forma:

<sup>1</sup>Palabras de Amós, uno de los pastores de Tecoá, que vio visiones acerca de Israel en días de Uzías, rey de Judá, y en días de Jeroboam, hijo de Joás, rey de Israel, dos años antes del terremoto. <sup>2</sup>Dijo:

YHVH ruge desde Sion,  
 da su voz desde Jerusalén,  
 entonces se enlutan los campos de los pastores  
 y se seca la cumbre del Carmelo.

También recordemos la traducción alternativa basada en la Biblia Hebraica Quinta:

<sup>1</sup>Palabras de Amós, uno de los pastores de Tecoá, que vio visiones acerca de Israel en días de Uzías, rey de Judá, y en días de Jeroboam, hijo de Joás, rey de Israel. <sup>2</sup>Dos años antes del terremoto, dijo:

YHVH ruge desde Sion,  
 da su voz desde Jerusalén,  
 entonces se enlutan los campos de los pastores  
 y se seca la cumbre del Carmelo.

En realidad, la diferencia entre las dos formas de leer el texto consonántico hebreo<sup>15</sup> no cambia el mensaje ni el sentido de estos dos versos. En el primer caso, que seguimos en nuestra traducción (basada en el Texto Masorético), la frase “dos años antes del terremoto” señala el tiempo en que Amós recibió las visiones acerca de Israel (v. 1). En el segundo caso, la misma frase señala el tiempo en que Amós pronunció su discurso inicial (v. 2) que en realidad son unas palabras que resumen el contenido del libro, es decir, nos proveen su tema.

Pasando al contenido propiamente dicho de nuestro texto, notamos que su estructura es poética y se divide en dos hemistiquios en paralelismo sintético de causa y efecto, la conjunción que señala la división y el sentido causal es el “entonces” (heb. ו). Así que tenemos:

1. El rugido de Jehová, es decir, el anuncio profético de Amós
2. La destrucción devastadora, es decir, el juicio que vendrá

<sup>15</sup> Recordemos que el texto original hebreo no tenía vocales ni signos diacríticos, incluidos los קִיּוֹפִיּוֹס, que dividen los versos. Así que las dos lecturas son posibles.

A su vez, cada una de estas dos pequeñas secciones está compuesta por un paralelismo sinónimo. La estructura completa es la siguiente:

	A	YHVH ruge desde Sion
	A	da su voz desde Jerusalén
entonces		
	B	se enlutan los campos de los pastores
y	B	se seca la cumbre del Carmelo

Este verso 2 es una especie de subtítulo que provee el tema del libro, como ya dijimos. Es algo así como una frase célebre, de esas que se colocan en la portada de un libro. Es ese tipo de frases que se convierten en dicho popular, de hecho, unas décadas después el profeta Joel lo repetiría casi a la letra: “Y Jehová rugirá desde Sion, y dará su voz desde Jerusalén, y temblarán los cielos y la tierra; pero Jehová será la esperanza de su pueblo, y la fortaleza de los hijos de Israel” (Jl 3.16)

La diferencia es notable, pero solo la hacemos notar de paso, pues no estamos estudiando Joel sino Amós. En Amós no hay asomo de esperanza, en Joel sí. Lo que de nuevo enfatiza el carácter funesto del libro que ahora estudiamos. Amós definitivamente serán un gran maestro que nos enseñará la realidad universal y lapidaria del pecado, además de la verdad aterradora del juicio divino sobre los pecadores.

1. El rugido de Jehová, es decir, el anuncio profético de Amós

Nuestro texto comienza mostrando gráficamente la actitud de Dios frente al pecado:

YHVH ruge desde Sion,  
da su voz desde Jerusalén,

El paralelismo es el siguiente:

YHVH	ruge	desde Sion,
	da su voz	desde Jerusalén,

Así que “ruge” es equivalente a “da su voz”, y “Sion” a “Jerusalén”. Jehová ruge proclamando su Palabra, claro a través del profeta; y ese rugido o Palabra se origina en Sion / Jerusalén (dos nombres para la misma ciudad), pues es la ciudad donde habita el Gran Rey (Sal 48.2; Mt 5.35).

Evidentemente, este es un rugido contra el pecado, causando también por este. La figura del león rugiente, que es ampliada posteriormente por Amós, nos enseña esta verdad. Notemos:

“¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo? ¿Rugirá el león en la selva sin haber presa? ¿Dará el leoncillo su rugido desde su guarida, si no apresare? ¿Caerá el ave en lazo sobre la tierra, sin haber cazador? ¿Se levantará el lazo de la tierra, si no ha atrapado algo? ¿Se tocará la trompeta en la ciudad, y no se alborotará el pueblo? ¿Habrá algún mal en la ciudad, el cual Jehová no haya hecho? Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas. Si el león ruge, ¿quién no temerá? Si habla Jehová el Señor, ¿quién no profetizará?” (Am 3.3-8)

Otros profetas posteriores a Amós usan la misma figura del león para señalar el juicio divino:

“Su rugido será como de león; rugirá a manera de leoncillo, crujiará los dientes, y arrebatará la presa; se la llevará con seguridad, y nadie se la quitará. Y bramará sobre él en aquel día como bramido del mar;

entonces mirará hacia la tierra, y he aquí tinieblas de tribulación, y en sus cielos se oscurecerá la luz” (Is 5.29-30)

“¿Es Israel siervo? ¿es esclavo? ¿Por qué ha venido a ser presa? Los cachorros del león rugieron contra él, alzaron su voz, y asolaron su tierra; quemadas están sus ciudades, sin morador” (Jer 2.14-15)

“Tú, pues, profetizarás contra ellos todas estas palabras y les dirás: Jehová rugirá desde lo alto, y desde su morada santa dará su voz; rugirá fuertemente contra su morada; canción de lagareros cantará contra todos los moradores de la tierra. Llegará el estruendo hasta el fin de la tierra, porque Jehová tiene juicio contra las naciones; él es el Juez de toda carne; entregará los impíos a espada, dice Jehová” (Jer 25.30-31)

Como aprendimos al comienzo de este estudio, Jehová ruge a través del profeta; es decir, proclama su juicio por boca de Amós. Lo particular en nuestro verso es que la Palabra divina de juicio se origina en la capital de Judá, el reino del Sur. Allí era donde estaba el Templo de Jehová y habitaba el Arca del Pacto, símbolo del Trono de Jehová en la tierra y en medio de su pueblo pactual. El cronista nos narra lo que sucedió cuando Salomón dedicó el Templo de Jerusalén y traslado allí el Arca:

“Y no podían los sacerdotes estar allí para ministrar, por causa de la nube; porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Dios” (2Cr 5.14)

Y en la oración de dedicación, Salomón exclamó:

“Que tus ojos estén abiertos sobre esta casa de día y de noche, sobre el lugar del cual dijiste: Mi nombre estará allí; que oigas la oración con que tu siervo ora en este lugar” (2Cr 6.20; cf. Dt 12.11)

Aquí tenemos, entonces, un reclamo indirecto contra la rebelión de Israel por medio de Jeroboam, cuando el reino se dividió después de la muerte de Salomón<sup>16</sup>. En aquella ocasión, Israel creó su propio culto en Samaria:

“Entonces reedificó Jeroboam a Siquem en el monte de Efraín, y habitó en ella; y saliendo de allí, reedificó a Peniel. Y dijo Jeroboam en su corazón: Ahora se volverá el reino a la casa de David, si este pueblo subiere a ofrecer sacrificios en la casa de Jehová en Jerusalén; porque el corazón de este pueblo se volverá a su señor Roboam rey de Judá, y me matarán a mí, y se volverán a Roboam rey de Judá. Y habiendo tenido consejo, hizo el rey dos becerros de oro, y dijo al pueblo: Bastante habéis subido a Jerusalén; he aquí tus dioses, oh Israel, los cuales te hicieron subir de la tierra de Egipto. Y puso uno en Bet-el, y el otro en Dan. Y esto fue causa de pecado; porque el pueblo iba a adorar delante de uno hasta Dan. Hizo también casas sobre los lugares altos, e hizo sacerdotes de entre el pueblo, que no eran de los hijos de Leví. Entonces instituyó Jeroboam fiesta solemne en el mes octavo, a los quince días del mes, conforme a la fiesta solemne que se celebraba en Judá; y sacrificó sobre un altar. Así hizo en Bet-el, ofreciendo sacrificios a los becerros que había hecho. Ordenó también en Bet-el sacerdotes para los lugares altos que él había fabricado. Sacrificó, pues, sobre el altar que él había hecho en Bet-el, a los quince días del mes octavo, el mes que él había inventado de su propio corazón; e hizo fiesta a los hijos de Israel, y subió al altar para quemar incienso” (2R 12.25-33)

<sup>16</sup> Implícito en este reclamo, debemos ver la verdad bíblica con respecto al celo divino en su adoración (que los puritanos llamaron *el principio regulativo de la adoración*). Jehová solo acepta la adoración que Él mismo prescribió; cualquier cosa que se salga de este patrón no es más que “culto voluntario” (Col 2.23) y traerá muerte a quienes lo practiquen (cf. Lev 10.1-3). Dios afirmó categóricamente que se encontraría con los israelitas pecadores únicamente en el santuario en Jerusalén, pero Israel forjó su propio camino trayendo sobre sí las consecuencias debidas a su locura. De igual forma, el Nuevo Testamento afirma categóricamente que Dios se encuentra con el pecador solamente en la cruz de Cristo (cf. Hch 4.12; Rom 5.15; 1Tim 2.5). Cualquier otro camino que el hombre trace, simplemente conducirá a la condenación eterna.

Pero más que un reclamo, es la afirmación tajante de la soberanía de Jehová sobre su pueblo y, como veremos en el resto del capítulo 1, también sobre todas las naciones. Jehová no es un dios regional, sino el Dios del Universo. Jehová no es un dios de papel o producto de la imaginación de los hombres; más bien es el Dios vivo y verdadero que ve, decide y actúa.

De manera que Amós nos presenta a Jehová activo en contra de la maldad descarada y creciente de Israel, la nación del Norte. No olvidemos que Amós proclamó todos estos oráculos a los israelitas. Así que estas palabras debieron exacerbar los ánimos de sus oyentes. Es como si un musulmán se parara al lado de la Estatua de la Libertad y dijera que Estados Unidos debería ser destruido.

## 2. La destrucción devastadora, es decir, el juicio que vendrá

Ahora tenemos descrito vívidamente el actuar de Dios frente al pecado, las consecuencias de su juicio:  
entonces se enlutan los campos de los pastores  
y se seca la cumbre del Carmelo.

El paralelismo es como sigue:

entonces	se enlutan	los campos de los pastores
y	se seca	la cumbre del Carmelo.

“Se enlutan” es paralelo a “se seca”, y “los campos de los pastores” a “la cumbre del Carmelo”.

Aquel rugido que se originó en Jerusalén sale directo hacia los campos de Israel y la cumbre del Carmelo, un monte que se encuentra al norte de la tierra de Israel. O sea, el rugido se origina al sur, corre por toda la tierra de Israel y llega hasta los límites más al norte; incluso, de acuerdo con los versos que vienen a continuación, ese rugido alcanzará todas las naciones vecinas. Así tenemos descrito en estas palabras el juicio divino y sus resultados como consecuencia del pecado.

En palabras de Amós, el juicio divino alcanza a los hombres y la naturaleza, como en el caso de Adán: “Y al hombre dijo: Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás” (Gn 3.17-19)

Iglesia Bíblica Reformada de Armenia

Los campos eran, por decirlo de alguna forma, el bien máspreciado de los ganaderos y agricultores Israelitas. Aquella sociedad era agrícola y su economía dependía casi exclusivamente de los campos. La Vulgata lee *speciosa*, “las (cosas) espléndidas”, dejando más claro ese sentido. Y el Carmelo era la primera fortaleza armada de la nación al norte (cf. Jos 15.55; 1S 15), su primera línea de defensa. Así que la destrucción del Carmelo implica que la nación quedaría indefensa ante los ataques de poderosos enemigos como los filisteos, pero principalmente de la amenaza Asiria que venía del nororiente (cf. Is 14.31; 41.25).

Pero interesantemente la naturaleza parece ser más sensible, pues los campos se enlutan y la cumbre del Carmelo se seca, aunque los pastores parecen solo observar. Dios a menudo usa la naturaleza para

llamar a los hombres al arrepentimiento. Los desastres naturales no son cosas del azar o simplemente efectos de leyes universales; son, en realidad, actos soberanos de Dios para llamar la atención de los hombres pecadores, al ver las terribles consecuencias de sus pecados.

La descripción de Amós es muy vívida y nos ayuda a meditar con relación a las consecuencias del pecado en cada ser humano. Los dos versos usados, “enlutarse”<sup>17</sup> y “secarse”<sup>18</sup>, además de señalar gráficamente el juicio divino sobre los israelitas al destruir sus campos y montes, sugieren los efectos que el pecado causa en el alma del hombre. Es decir, si la visitación de Dios con su juicio enluta los campos y seca la cumbre los montes, entonces los efectos de dicho juicio también enlutan o dejan desolada y secan el alma. Pero eso sí, tengamos claro que en este caso Dios obra indirectamente. El apóstol Pablo nos aclara que tal juicio obra a través de las consecuencias naturales del pecado:

“Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos... Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas; pues aun sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza... Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen” (Rom 1.24, 26, 29)

El salmista afirma la misma verdad, pero expresándose de una forma penetrante, de la forma como solo alguien que ha vivido en carne propia la suciedad y oscuridad de su propio pecado:

“Mientras callé, se envejecieron mis huesos En mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; Se volvió mi verdor en sequedades de verano” (Sal 32.3-4)

El pecado deja a la persona con la misma sensación de aquel que ha perdido a su ser más querido. Aquellos que han pasado por la amarga experiencia de perder al ser amado saben de qué habla Amós, solo que el profeta aplica esa misma sensación a lo que deja el pecado en el alma de quien lo ha practicado. El pecado no mata al ser querido; mata a quien lo practica, me mata a mí mismo.

Pero el pecado también seca el alma, deja a la persona con la misma sensación de aquel que muere de sed. Dicen que una de las muertes más terribles es aquella producida por el hambre o la sed. Es una muerte lenta que va secando el cuerpo de dentro hacia fuera, comenzando por los órganos vitales. “Pérdidas mayores a 12% del peso corporal significan alto riesgo de mortandad. 15% provoca sequedad en la piel, se detiene totalmente la diuresis y se imposibilita la capacidad de tragar alimentos; hay dificultad para beber. 20% de pérdida de peso corporal es el límite máximo de deshidratación. En esta fase la piel se agrieta; el cerebro se encoge y ocupa menos espacio en el cráneo. Los vasos sanguíneos que lo conectan pueden romperse; el volumen de sangre deja de llegar a los órganos. Sobreviene la muerte”, es una descripción sucinta de tal experiencia. Amós nos recuerda que eso precisamente es lo que hace el pecado con el alma del hombre; promete agua, pero finalmente nos deja tan secos como una roca en el desierto. Jeremías, en su acostumbrado lenguaje directo, dice:

<sup>17</sup> Para profundizar en el sentido de la palabra hebrea אבל se pueden ver los siguientes textos: Oseas 4.3; Joel 1.10; Isaías 33.9; etc. También se traduce “perderse” en Isaías 24.7, y “quedar desierto” en Jeremías 12.4 y 23.10. Es fácil ver en todos estos textos que אבל se refiere constantemente a los resultados del pecado. Es interesante notar que la LXX lee καὶ ἐπένθησαν, “y estarán tristes...”.

<sup>18</sup> En este caso, la palabra hebrea es יבש, que tiene sentidos como secar o marchitar: “¿Hasta cuándo estará desierta la tierra, y marchita la hierba de todo el campo? Por la maldad de los que en ella moran, faltaron los ganados y las aves; porque dijeron: No verá Dios nuestro fin” (Jer 12.4). Otra vez, la asociación con el pecado es claramente visible.

Sermones expositivos de Amós (Pr. Javier Martínez)

“Tu maldad te castigará, y tus rebeldías te condenarán; sabe, pues, y ve cuán malo y amargo es el haber dejado tú a Jehová tu Dios, y faltar mi temor en ti, dice el Señor, Jehová de los ejércitos” (Jer 2.19)

Unos versos antes, había dicho:

“Espantaos, cielos, sobre esto, y horrorizaos; desolaos en gran manera, dijo Jehová. Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua” (Jer 2.12-13)

En resumen, Amós nos enseña que el pecado seca el alma y el juicio divino sobre el pecador destruye eternamente. ¡Nuestro Dios es fuego consumidor!

Las doctrinas del pecado y el juicio divino serán claramente presentadas por Amós de la forma típicamente antiguotestamentaria, vívida y no teóricamente. Este verso que hemos analizado hoy solamente es una introducción a la riqueza que encontraremos en todo el libro, comenzando con unas descripciones muy prácticas de lo que es el pecado, ejemplificadas en los pecados de las naciones vecinas de Israel.

Pero finalicemos señalando que aquel rugido de Jehová contra Samaría no fue su rugido final, pues aún está por venir el último rugido del León de la tribu de Judá que destruirá definitivamente a sus enemigos y renovará la tierra<sup>19</sup>. En los días de Amós, Jehová rugió desde Sion enlutando y secando la tierra del Israel; pero viene el día cuando el León de la Tribu de Judá, nuestro Señor Jesucristo, rugirá desde la Sion celestial trayendo el juicio final:

“Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos” (Ap 5.5)

¿Qué será de ti cuando ese rugido alcance toda la tierra y a todos sus habitantes? ¿Qué harás en aquel día?

**I B R A**  
Iglesia Bíblica Reformada de Armenia

---

<sup>19</sup> Ya vimos que el rugido es paralelo a la palabra; es decir, Amós nos está presentando el efecto devastador de la Palabra de Jehová. Esa misma Palabra que creó el universo (Gén 1), también tiene el poder de destruir. Nuestro Señor Jesucristo, al ser Dios, también juzgará la tierra devastándola con la espada de su boca (cf. 2P 3.5-7; Ap 19.15, 21); sin embargo, finalmente producirá una renovación que transformará la antigua creación en los maravillosos cielos y tierra nuevos, en una gloria superior a la de la creación original (cf. 2P 3.10-13; Ap 21-22).